

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

EL DESEADO.

¿Por qué se conmueve la tierra? qué agitación es esa que se nota en todos los pueblos del Universo? Prestad atención á los clamores de la humanidad. Los israelitas miran con piadosa ansiedad al porvenir y lanzan ardientes suspiros. Oid las humildes y conmovedoras expresiones de sus deseos. Señor, dicen, esperando estamos al que nos ha de salvar. Arma tu poder y ven. Muéstranos tu cara, y seremos salvos. Miranos, Señor, pueblo tuyo somos todos ¡Oh! si rasgáras los cielos y descendieras á nosotros. Derramad, cielos, vuestro rocío, y lluevan los cielos al justo. Abrase la tierra y germine al Salvador. Semejantes á esos murmullos, á esos ruidos, á esas explosiones de voz que animan la naturaleza al despuntar la aurora, la agitación crece, los deseos se hacen cada vez mas ardientes, las súplicas mas fervorosas, los clamores mas vivos, á medida que los tiempos avanzan. Este es nuestro Dios, le hemos esperado y nos sal-

vará. Ya viene, cerca está, ya llega. Bendito el Dios de Israel que nos visita en su misericordia y nos trae la redención. Salid de la Palestina, y vereis la misma agitación, y vereis los mismos clamores. El Oriente y el Occidente claman por un Salvador. Las grandes ciudades, las estepas solitarias, los bosques salvajes, las islas apartadas, y los lejanos continentes esperan su venida. Los ehnos miran al Occidente de donde esperan que ha de salir *el Santo* que sabrá todas las cosas, y tendrá todo poder en el cielo y en la tierra. Los indios cuentan con una encarnacion de Vichnu para reparar los males causados por Haly, antiguo dragon.

Los egiptios saludan de lejos al hijo de la mujer que ha de amansar la rabia de Tyfon. Los persas, instruidos por los magos, escuchan la palabra que viene del primer principio, y cuyo nombre es *yo soy*. Este es Mithra, el libertador que nacerá de una Virgen. Los mejicanos y los escandinavos esculpen en la roca viva y en los monumentos la figur

del Dios que ha de aplastar la cabeza de la gran serpiente. Los druidas de la Galla levantan una estatua y un altar á la Virgen cuyo hijo esperan.

La Grecia saluda y espera el nacimiento de un vástago de Apolo que traerá un reinado de Justicia. Oid á los mas ilustres representantes de la razon, á los oráculos de la filosofía. Debemos esperar dice Platon, que alguno venga á enseñarnos de que manera hemos de conducirnos con Dios y con los hombres. Y responde Alcibiades: ¿Cuándo vendrá este tiempo? Tengo deseos de conocer á ese alguno. Estamos en los umbrales de la edad nueva. Virgilio eleva un cántico poético al *Deseado* y expresa en estos términos la esperanza universal:

Llegó por fin la hora postrimera,
Del fausto anuncio que en el templo sacro
De Cumas resonó. Ya de los siglos,
La gran revolucion, la série nueva
Comienza ya á emprender otra carrera.
Del encumbrado cielo al mundo baja
Nuevo nacido... que en el alma seno
De la divinidad tomara aliento.

Y que verá alternar sin extrañeza
Los altos dioses con los grandes héroes,
Y él mismo brillará muy sobre todos
Cual héroe y cual Dios; al mundo entero.
En paz ya puesto por los patrios hados,
Dictará sábias leyes su gobierno...

Hora es ya de venir, ya los honores
Es tiempo de aceptar á ti debidos.
¡Oh preciado hijo de los almos dioses!
Vástago ilustre del eterno Jove;
Mira ante tí, los astros te saludan:
La tierra, el belo cielo, el mar profundo;
No quieras retardar la alegre entrada
Del siglo de oro porque espera el mundo.

Hanse cumplido las promesas; colmados fueron los deseos de la humanidad, satisfechas las ansias de los pueblos y las esperanzas de los sábios. El Maestro vino, y alumbró al mundo con su doctrina que es eterna, apareció el Libertador y quebrantó las cadenas de un mundo esclavo, las nubes llovieron al justo, y la tierra germinó al Salvador que nos trajo la salud, la libertad, la civilizacion, y nos franqueó con su muerte las puertas de la vida eterna.

Diez y nueve siglos han trascurrido desde que vino el Salvador, y todavia hay hombres, y sectas y partidos políticos que viven mas allá del Establo, y trabajan por realizar un retroceso de 19 siglos, restableciendo en las sociedades modernas los monstruosos errores, las vergonzosas corrupciones, y las degradantes servidumbres del antiguo paganismo. El liberalismo es la encarnacion política de los errores y vicios de la sociedad pagana. Pero no logrará su satánico intento. Jesucristo es de ayer, de hoy y de todos los siglos. Herida será de muerte toda ciudad, y nacion que no rinda vasallage á su infinita y paternal soberania.

La venida del Hijo de Dios.

At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege.

AD GAL., IV.

Llegada que fué la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo,

lleno de gracia y de verdad, engendrado de una Mujer elegida entre millares, y nacido bajo la ley, á fin de que redimiese al precio de su sangre á todos los hombres esclavos de la ley y sentados en tinieblas y sombras de muerte. Diez y nueve siglos han trascurrido desde que tuvo lugar este acontecimiento, el mas prodigioso y trascendental que han visto los hombres, y todas las generaciones han saludado el advenimiento misericordioso del Hijo de Dios hecho hombre como la obra maestra de la Omnipotencia, de la Sabiduría y de la Bondad infinita. Vamos á contemplar la hermosura del Hijo de Dios que nos ha visitado, viniendo de lo alto, á iluminar nuestras almas y á dirigir nuestros pasos por los caminos de la paz. Vamos á ponderar la obra de su poder de su sabiduría, y de su misericordia, realizada en la plenitud de los tiempos para gloria de Dios y para nuestra exaltación y grandeza.

— —

I.

Para entender bien la venida del Hijo de Dios y participar de los grandes bienes que el cielo ha regalado á la tierra, conviene explicar las palabras del Apóstol que van al frente de este discurs-

so. Así que vino la plenitud de los tiempos, dice San Pablo, envió Dios á su Hijo. ¡La plenitud de los tiempos! ¿Qué significa esta frase tan profunda como luminosa? Pedia á Dios un profeta que realizase su obra en medio de los años. Seis mil habian corrido cuando tuvo lugar la Encarnación del Verbo, la obra maestra de la omnipotencia, de la sabiduría y de la bondad infinita. Los tiempos estaban llenos, y esta plenitud de los tiempos era la época mas conveniente, el momento mas oportuno para realizarse los designios de Dios. Los tiempos estaban llenos de promesas, de prodigios, de ruidosas y saludables catástrofes; de promesas que ha cumplido el Hijo de Dios; de prodigios que El ha coronado con la maravilla inaudita que Jeremías anunciaba; de catástrofes que El ha utilizado para establecer su reinado de paz. Los tiempos están llenos de errores, de crímenes, y de deseos de la humanidad. Todo estaba dispuesto; el mundo esperaba con ansia al divino Libertador, llegó la plenitud de los tiempos, y envió Dios á su Hijo, el cual se hizo hombre y habitó entre los hombres. Hé aquí la obra maestra del poder divino. Vamos á contemplarla en toda su magnífica y estupenda realidad.

II.

El Verbo de Dios se hizo hombre y habitó entre los hombres, y hemos visto su gloria, gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Un abismo infinito separa la naturaleza divina de la naturaleza humana. La criatura, por más excelente que sea en su esencia, y sublime en su acción y brillante en sus manifestaciones siempre dista infinitamente de su Creador. No hay vista que pueda sondear ese abismo; no hay palabra que pueda expresar esa insondable profundidad. Dios quiere colmar ese abismo, satisfacer la tendencia infinita que El siente de comunicarse, y envía su Verbo, Dios de Dios, Luz de luz que se une hipostáticamente a la naturaleza humana, y se hace hombre para elevar al hombre a la vida del mismo Dios. Esto es lo sumo: las comunicaciones divinas quedan como agotadas. Maravilla es y muy grande y soberana dignación, cortar por medio de la unión hipostática la inmensa distancia que separa lo infinito de lo finito, el Creador de la criatura, Dios del hombre. Más hé aquí que el Verbo se hace carne, el Hijo de Dios se hace hombre en las entrañas de una mujer, lo infinito se inclina sin menoscabar-

se a lo finito y estos dos extremos que la naturaleza separa eternamente el uno del otro, no son ya más que un solo ser, un solo viviente, una sola persona, el Verbo humanado, el Hombre-Dios. *Filius suum factum ex muliere*. El Hijo de Dios se hace hombre, el eterno nace, el inmutable crece en edad, el impasible sufre, el inmortal muere; la muerte destruye la muerte y engendra la vida. Aquí descubre la fe prodigios sobre prodigios. La acumulación de tantas cosas contra la naturaleza en una misma persona hace brillar toda la omnipotencia de Dios. Crear millares de mundos no es más que un juego en comparación de este prodigio que se llama la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en Cristo, Señor y Salvador nuestro. En la unión del Verbo con la naturaleza humana, y sobre todo en la Encarnación reparadora no solo se manifiesta con todo su brillo la omnipotencia divina, sino que también la sabiduría levanta su voz y nos hace oír sus cánticos maravillosos en el sublime concierto de las divinas perfecciones.

III.

Yo contemplo absorto la profunda sabiduría que resplandece

con un brillo infinito en esta obra divina. *Misit Deus Filium suum factum ex muliere.* El Hijo de Dios hecho de mujer, el Verbo encarnado, es decir, la unidad de cuanto hay en el cielo y en la tierra consumada, la variedad absorbida en la simplicidad, todos los progresos coronados por la suprema perfección, todas las penetraciones terminadas por la divina penetración; el Criador y la criatura, lo finito y lo infinito, sin confundirse, sin perder su propia naturaleza unidos en una sola y misma subsistencia en la persona del Verbo encarnado, es un prodigio de la omnipotencia, y un consejo profundísimo de la eterna sabiduría. Pero más que en la unión de dos cosas infinitamente distantes, muéstrase profunda la divina sabiduría en juntar dos cosas enemigas, y en sacar de las mismas entrañas del mal la salvación del hombre y la regeneración de la sociedad. Poned los ojos en el Verbo divino hecho carne, hecho niño, creciendo en edad como un niño, manso y humilde cual cordero preparado para la inmolación, anonadado bajo la figura de siervo, llevando sobre sí los pecados del mundo, y exclamareis extupescidos como el Apóstol: «El que no era sino inocencia ha obrado como peca-

dor.» *Eum qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit.* ¡Oh maravilla de la sabiduría divina! El Hijo que Dios nos envía, el Redentor que nos da, reúne en su persona al ofensor y al ofendido. Es hombre como el ofensor á quien se propone libertar, y Dios como el eterno Padre cuya cólera quiere aplacar. Y el mismo pecado le sirve de instrumento para su triunfo, y para nuestra redención, la humillación que es el abatimiento de toda grandeza le sirve de potestad para engrandecerse Él, y engrandecer á la humanidad. La muerte, vergüenza de nuestra naturaleza, la muerte que separa, que destruye, que aniquila le sirve para unir á los hombres que andaban dispersos, para reparar las ruinas que la muerte habia causado, para vivificar este gran cádaver del género humano, este gran Lázaro que llevaba cuarenta siglos sepultado en las tinieblas del error y en el fango de la corrupción. ¡Escándalo! grita el judío; ¡necesidad! grita el gentil; ¡absurdo! ¡fanatismo! dice sonriendo el moderno libre-pensador. Y el cristiano responde: ¡Oh! ¡cuán profundos son los consejos de la ciencia y sabiduría de Dios! ¡Cuán incomprendibles sus caminos! La necedad confunde la vana sabi-

duría, la locura arguye la falsa ciencia, y la sencillez del cristiano desconcierta la prudencia carnal de los hombres infatuados por el orgullo. No creen porque no aman, y no aman porque no comprenden el amor de Dios á sus criaturas. Nosotros hemos creído en ese amor infinito resplandeciente en la Encarnación reparadora, amor que impulsa al soberano bien á dárseos en persona despues de haber inundado el mundo de sus larguezas.

IV.

¿Cómo expresar con palabra humana las magnificencias del amor divino? Oigamos las palabras de Jesucristo: No hay amor tan grande como el de dar la vida por sus amigos. Tan grande, tan generoso, tan magnífico es el amor de Dios al mundo que le dió su mismo Hijo, para que creyendo en Él, y amándole de corazón, no perezcan los hombres sus hermanos, sino que tengan la vida eterna. Para darnos la vida, para darnos libertad, para redimirnos de toda servidumbre, para nuestra exaltación y grandeza, envió Dios á su Hijo, hecho hombre en las entrañas de una Virgen, sometido al yugo de la ley, cargado con todas nuestras deudas, y sujeto á todas las

miserias humanas, en todo semejante á nosotros menos en el pecado. El amor le lleva á sufrir la pobreza en la cuna, la persecución y el destierro en la infancia, la oscuridad y las privaciones en la adolescencia, los sudores y las fatigas de la vida pública, el desprecio de los grandes, el ódio de los enemigos, la ingratitude de los favorecidos, la traición de sus discípulos, y todo coronado por un drama lúgubre y sangriento, por una pasión amarguísima, por un martirio cruel, por una muerte ignominiosa en el patíbulo de los esclavos. ¡Oh amor grande! exclama el venerable Granada. ¡Oh amor gracioso! ¡oh amor tal cual convenia á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso y todo misericordia! (1).

V.

Teneis á la vista la obra maestra de la omnipotencia, de la sabiduría y de la bondad infinita. El Verbo hecho carne, enviado por Dios en la plenitud de los tiempos, ha traído la luz de lo alto á nuestra razón, hundida en tinieblas, nos ha puesto en contacto con el soberano bien, ha

(1) Meditaciones de la Pas. de J.

encendido en nuestros corazones el fuego sagrado del amor.

Al ver, pues, tanta bondad ¿quién dejará de amarlo? Al ver en él tantos bienes ¿quién podrá negarle el homenaje de un piadoso y tierno reconocimiento? Y sin embargo hay muchos hombres que viven como si el Hijo de Dios no hubiese venido á enseñarles la verdad, á santificarlos con su gracia, á redimirlos con su sangre y á salvarlos con su pasión y muerte. Brilla el sol de la verdad y ellos andan en tinieblas, abunda el pan de la doctrina, y ellos se mueren de hambre, están abiertos los caminos del cielo, y ellos prefieren los tenebrosos senderos del infierno. Atended á vosotros mismos. Llenos están los tiempos, y no habéis recibido la gracia y la salud que Dios os envía. Los tiempos están llenos de las ilusiones y excesos de vuestra juventud; los tiempos de vuestra vida están llenos quizá de pecados y prevaricaciones que atormentan vuestra juventud; llenos de los deseos de una paz que el mundo no puede daros; llenos de calamidades, dolores y desgracias, que Dios envía para que os volvais á Él; llenos de las promesas de una enmienda que la salud de vuestra alma reclama con urgencia,

y que nunca llega por culpa de vuestra pereza, y sin embargo no quereis recibir en vuestro corazón á Aquél que anhela venir á vosotros lleno de gracias, de bondades y regalos. No esperéis á convertirlos la plenitud de los tiempos que Dios ha señalado á vuestra vida; no dejéis un negocio tan importante como el de vuestra salvacion eterna para un tiempo tan incierto y peligroso como la hora de la muerte. Ahora es tiempo y sazón para vosotros; Dios os envía su Hijo. *At ubi venit plenitudo temporis misit Deus Filium suum.* Recibidle en vuestro corazón, ahora que os visita en su misericordia, y mereceréis que Él os reciba en su gloria cuando venga á juzgaros el día de sus justicias, Amen.

—*—
Leemos en *El Correo Catalan*:

El telégrafo nos ha anunciado la conversion al Catolicismo de una parroquia protestante entera en Inglaterra, y hoy podemos dar detalles de este acontecimiento.

Storrington es una encantadora parroquia situada en el condado de Sussex. Su poblacion pasa de 2,000 almas, y ha sido católica desde el principio del cristianismo hasta el desgraciado cisma de Enrique VIII. En medio de la plaza se eleva todavía la antigua iglesia de Santa María.

En Storrington y en el próximo casti-

llo de Arnudel, desde hace cuatro años se vienen refugiendo los desterrados de Frigolet. Estos religiosos, injustamente proscritos de Francia, se dedican en aquellas tierras al cultivo, al estudio y á la oración. Dos Prelados católicos ingleses de gran piedad visitaron su convento, y hace un mes en él convocaron al pueblo para que fuese á oírles. El primer día solo acudió al llamamiento una treintena de auditores protestantes; en el quinto ya había aumentado el número hasta doscientos, y hoy el oratorio no puede contener la multitud que acude á oír la palabra de los Prelados católicos.

Las damas inglesas acuden también y toman asiento entre el pueblo, y ya todos estos protestantes han abierto una suscripción para levantar una iglesia.

Durante este tiempo, los religiosos proscritos han establecido en sus casas una especie de círculos obreros, que cuentan á estas fechas con gran clientela. En ellos hay conferencias, lecturas piadosas, periódicos ilustrados y refrescos; y los domingos explicaciones del Catecismo para los niños. También por las tardes organizan juegos públicos, con algo de música popular.

Todo esto no ha podido menos de producir viva emoción en la comarca, dando lugar á que varios periódicos de Londres y de Brighton dieran la voz de alarma frecuentes veces, y á que adoptasen ciertas medidas contra la propaganda; pero que han servido para que aumenten los conversos.

Estos son los hechos, que hacen innecesarios los comentarios.

LA FLOR DEL GRANADO.

I.

Había un granado frente á la última casa de un pueblecillo, oculto en el fondo de un valle; cuando llegaba la primavera parecía un ramillete de encendidas flores. La casa del labrador estaba al otro lado del camino, su puerta era de piedra, como la de un castillo. La hija del labrador se llamaba Angelina.

¡Era mi prometida!

II.

Ella tenía diez y seis años. Las rosas envidiaban los colores de sus mejillas. Lo mismo que las flores del granado suspiraban por el carmin de sus labios.

Bajo el granado fué donde le dije un día: ¡Angelina! ¡Angelina! ¿Cuándo serán nuestras bodas?

III.

Todo parecía sonreír en ella: sus cabellos que jugaban con el viento, sus piés inquietos en sus pequeños zapatos, sus manos que bajaban la rama pendiente de la madre selva para aspirar el aroma de sus flores, su frente pura, sus blancos dientes entre sus labios rojos. ¡Ah, cuán bella era mi prometida!—Nuestras bodas para la cosecha, me dijo, si el Emperador no te lleva á la guerra.

(Continuará.)

